

LA VIDA INTERIOR DEL EVANGELISTA

Stephen F. Olford*

Lectura: Mateo 5.1-8

Introducción: Se me ha pedido que trate el tema de “La vida interior del evangelista”. Es una tarea formidable, y he pasado muchas horas examinándome a mí mismo en oración, y examinando en forma práctica la Palabra de Dios, antes de presentarme delante de ustedes hoy.

El texto que Dios puso en mi corazón se encuentra en los primeros capítulos de Mateo, donde habla de los “elementos que construyen” el carácter cristiano, en lo que llamamos “las Bienaventuranzas”. Una de ellas nos permite ver en profundidad la vida interior de todos los que estamos aquí hoy. Escuchemos una vez más estas palabras: “Bienaventurados *los de limpio corazón*, porque ellos verán a Dios” (v. 8).

Cuán solemne es comprender que sin esta pureza de corazón, sin una vida de santidad, nos queda poca esperanza de servir al Señor en forma aceptable en esta Tierra, o de escuchar “Bien, buen siervo y fiel”, al llegar al cielo. No es de extrañarse que el pastor y evangelista que hizo uno de los mayores impactos en Escocia, aun cuando murió a la edad de 29 años, orara cada día diciendo: “Oh, Señor, hazme tan santo como pueda serlo un pecador que ha sido salvado.” El nombre de este predicador era Robert Murray McCheyne.

Retornando al texto, quisiera hacer tres importantes observaciones:

I. LA CONCIENCIA DE UN CORAZÓN PURO

“Bienaventurados los de limpio corazón” (v. 8). A lo largo de todas las Sagradas Escrituras se nos enseña que Dios está más interesado en lo que *somos*, que en lo que hacemos. El hecho es que lo que *somos* determina cómo vivimos y cómo servimos. Si el corazón está equivocado, la vida estará equivocada. Por otro lado, si el corazón es puro, la vida y todo lo que brota de ella es puro. De ahí la tremenda importancia de esta frase: “los de limpio corazón”. Si la examinamos más de cerca, es evidente que la misma se refiere a:

1) La conciencia personal de la pureza: “...los de limpio corazón” (v. 8).

Debemos comprender que el corazón no sólo es el asiento de las emociones, sino también de la voluntad. El corazón representa el centro de la personalidad humana, incluyendo la vida intelectual, emocional y volitiva del creyente. Por ello Jesús hace énfasis en que el *corazón* debe estar limpio, puro. Si el centro de la

* El Dr. Olford es fundador de Olford Ministries International y profesor principal del Stephen Olford Center for Biblical Preaching, Memphis, Tennessee, EE.UU.

vida es santo, la influencia se hará sentir en toda la vida que lo rodea. Quien intente cambiar lo exterior sin prestar la debida atención a lo interior está destinado al fracaso. Pero esta conciencia personal es un asunto de responsabilidad moral. Debemos ser *conscientemente* puros en nuestra mente, nuestro corazón, nuestra voluntad y nuestra vida. Si me preguntan cómo puede lograrse esto, les diré que sólo puedo compartirles mi testimonio personal. Para mantener una conciencia personal de pureza, sigo una disciplina basada en tres versículos específicos del Nuevo Testamento:

- Mi MENTE debe estar dominada por la Palabra de Dios. “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría” (Colosenses 3.16). Esto significa leer, investigar, y luego relacionar la Palabra de Cristo con mi vida día tras día. No se trata del legalismo de una práctica, sino de la lealtad a una PERSONA: el mismo Señor Jesucristo. ¿Tiene usted un tiempo devocional diario, leyendo la Santa Palabra de Dios, buscando su santo rostro, y reclamando su santo poder?
- Mi CORAZÓN debe estar activado por el Espíritu de Dios. “Sed llenos del Espíritu” (Efesios 5.18). Esta no es una promesa para reclamar, sino *un mandato que debemos obedecer* cada día y a cada momento. La vida llena del Espíritu Santo debería ser la vida normal para un cristiano. Por eso, conscientemente, me entrego al control del Espíritu Santo en mi vida. La llenura del Espíritu es “esa sensación serena de divina suficiencia”.
- Mi VOLUNTAD debe estar motivada por la gloria de Dios. “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10.31). Por la gracia de Dios, decidí hacer de ésta la motivación que controle todo lo que pienso, digo o hago. “El fin principal del hombre es glorificar a Dios, y disfrutarlo por siempre.”

Cumplir estas tres disciplinas, día tras día, me da conciencia de la pureza personal y la lealtad personal al señorío de Cristo sobre mi mente, corazón y voluntad.

“Los de limpio corazón” no sólo representa una conciencia *personal* de la pureza, sino también:

2) La conciencia práctica de la pureza: “Los de limpio corazón” (v. 8). Salomón dijo: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Proverbios 4.23). Y una vez más: “Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Proverbios 23.7).

El corazón es el órgano principal que bombea la sangre a todas partes del cuerpo. De igual manera, el corazón (en sentido espiritual y figurado), ocupa esa misma posición de importancia, y cumple la misma función fundamental. Es el centro de control de todas las decisiones de la vida. Nuestra devoción y nuestro servicio a Dios sólo serán aceptados si proceden de corazones puros; de ahí la

gran importancia que el Maestro da al hecho de que tengamos conciencia de nuestra pureza. Sólo en la medida en que el centro y el control de nuestras vidas sean puros, la devoción y el servicio que fluyan de ellos serán puros, también. Entonces, Jesús nos dice a usted y a mí hoy: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (v. 8). Para “*seguir* la santidad” (ver Hebreos 12.14) se necesita ACCIÓN. Esta debe ser la prioridad en nuestra vida, si deseamos VER A DIOS. Esa palabra, “seguir”, significa “dedicarse a..., como se sigue con diligencia un llamado.” La conciencia práctica de la pureza requiere, entonces, ACCIÓN con pasión.

Cada año, en Jamaica (Indias Occidentales), en un lugar fresco, ubicado sobre las colinas, llamado Mandeville, se realiza una Convención de Vida Cristiana. En cierta ocasión, fui invitado como orador, y en una tarde libre me llevaron a pasear a caballo. Todo anduvo bien hasta que quise hacer que el caballo galopara. Repentinamente, el animal se detuvo en seco y me lanzó por encima de su cabeza a un estanque lleno de barro. Mientras salía del lodo y la suciedad, vi a mi alrededor los lirios más blancos y puros que he visto en mi vida.

Pasado un tiempo, después de haber predicado en otro lugar, yo regresaba a mi iglesia en la ciudad de Nueva York. Hice señas a un taxi para que se detuviera y le pedí que me llevara del aeropuerto LaGuardia a Manhattan. No mucho después, noté que el conductor tenía acento jamaicano. Cuando supo que yo era pastor, me preguntó cómo alguien podía vivir la vida cristiana en una ciudad sucia, malvada y oscurecida por el pecado como Nueva York. Le pregunté si conocía Mandeville, en Jamaica. Me dijo: “Viví allí varios años.” Después le pregunté si conocía los lirios que crecen en ese famoso estanque. “Sí”, me dijo, con gran entusiasmo. Entonces le conté cómo yo había caído en el lodo y agregué: “Si Dios puede hacer que crezcan lirios tan hermosos en un lugar sucio como ese estanque, ¿no podrá hacer que sus hijos puedan vivir con pureza en Nueva York?” Esto tocó su corazón de tal manera, que detuvo el taxi al costado de la calle, y me rogó que lo llevara a ese Dios que podía hacer tal cosa. ¡Ese hombre fue salvo allí mismo, sentado en su taxi, y se convirtió en un fiel miembro de la Iglesia Bautista Calvary hasta que regresó a su tierra natal!

Si usted y yo deseamos ser puros como lirios en este mundo oscuro y sucio, debemos buscar la santidad dependiendo humildemente del santo Hijo de Dios, el único que puede reproducir su vida en nosotros, por el poder del Espíritu Santo. Cuando permanecemos en él, producimos esos lirios que glorifican al Padre.

Pero nuestro texto tiene otra lección para enseñarnos, que es:

II. LA CONSTANCIA DE UN CORAZÓN PURO

“Bienaventurados los de limpio corazón” (v. 8). Esta es una declaración de *constancia*. Hay al menos dos ideas implícitas en esta idea de constancia:

1) El corazón debe ser purificado diariamente: “Bienaventurados los de limpio corazón” (v. 8). La palabra griega que se traduce como “limpio” denota limpieza y purificación, realizadas por un agente externo. Gracias a Dios que las Escrituras no nos dejan ninguna duda sobre la forma en que nuestros corazones pueden ser purificados; ¡y cuánto necesitan ser limpiados nuestros corazones! La Biblia dice que “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso” (Jeremías 17.9). Y Jesús enseñó que “lo que sale... del corazón... contamina al hombre” (Mateo 15.18; ver también vv. 19-20).

Para ayudarnos a comprender este milagroso y glorioso proceso de purificación diaria del corazón, quisiera nombrar los medios de la gracia que son utilizados para limpiar y mantener limpias nuestras vidas y corazones:

a) La aplicación de la preciosa sangre: Juan afirma que “la sangre de Jesucristo (su) Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1.7). El verbo “limpia” es prácticamente igual al adjetivo “limpio” que vemos en el texto básico de nuestro estudio. ¡Qué maravilloso es saber que cuando andamos en luz, como él está en luz, se produce un proceso de purificación en nuestros corazones, por medio de la aplicación de todo lo que simboliza la sangre de Jesús! Cuando Jesús murió en la cruz del Calvario, condenó y venció al pecado, para que pudiéramos conocer la limpieza interior de nuestras vidas. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1.9). La sangre de Jesús habla de la muerte expiatoria del Hijo de Dios para justificarnos, y la vida permanente del Hijo de Dios para santificarnos.

b) La ministración de la Palabra viva. En su oración sacerdotal al Padre, Jesús utilizó estas palabras: “Santifícalos [a mis discípulos] en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17.17). Y al ministrar a esos discípulos, el Maestro podía afirmar: “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado” (Juan 15.3). David sabía algo de esta experiencia, ya que formuló y respondió la pregunta: “¿Con qué limpiará el joven su camino? Con guardar tu palabra” (Salmo 119.9). Así como antiguamente la fuente que estaba en el atrio del tabernáculo era el medio por el que continuamente podían limpiarse los cuerpos de los sacerdotes y levitas que allí servían, de la misma manera, la fuente de la Palabra de Dios es la forma en que él limpia la vida y el corazón del creyente.

Harold Wildish, el gran evangelista a Jamaica y las Indias Occidentales, solía llevar a sus jóvenes discípulos a un arroyo que bajaba de la montaña. Entonces tomaba una piedrecita del fondo del arroyo y decía: “¡Vean lo limpia, lisa y hermosa que es esta piedrecita! Porque nunca sale del agua purificadora del arroyo, que la mantiene limpia. De la misma manera, ustedes deben vivir en la Palabra de Dios y permitir que ella los limpie momento a momento.” Recuerden, somos purificados “en el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5.26).

c) La operación del Espíritu Santo. En un vívido pasaje en 1 Corintios 6, Pablo recuerda a sus lectores su pasado de pecado, y luego dice: “Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el *Espíritu de nuestro Dios*” (v. 11). Nunca olvidemos que quien habita en estos cuerpos nuestros que son templos, es nada menos que el *Espíritu Santo*; es decir, el Espíritu que lava y santifica. ¿Cómo podemos afirmar que el Espíritu Santo vive en nuestros corazones, y al mismo tiempo vivir *vidas impuras*? Este es el argumento del apóstol Pablo, cuando presenta la pregunta: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?” (1 Corintios 6.19). Deténgase un momento y reflexione conscientemente sobre el hecho de que, si usted es un hijo de Dios, ¡el ESPIRITU SANTO de Dios mora en usted!

d) La inspiración de la bendita esperanza. Hablando de la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo, y de nuestra completa conformidad a su semejanza en ese glorioso día, Juan afirma que “todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3.3). Aquí, la referencia al regreso de Cristo no es tanto un desafío teológico, como un desafío *ético*. ¿Cómo podemos vivir a la luz del retorno del Salvador, y no ser santos, o ser impuros? Por eso el apóstol Pablo tenía tal celo de presentar a sus convertidos como vírgenes puras delante de Cristo (2 Corintios 11.2). Y Santiago, con igual pasión, advierte a los creyentes que eviten una amistad adúltera con el sistema mundano que es enemigo de Dios (Santiago 4.4). Dios desea una esposa pura para su Hijo. ¡Qué motivación tan grande a la pureza, para todos nosotros!

Para el evangelista reflexivo que se encuentra aquí hoy, estos medios de limpieza (la sangre preciosa, la Palabra viva, el Espíritu Santo y la bendita esperanza) son sólo aspectos de la persona y el ministerio glorioso del Cristo que mora en él. Por esto, Pablo podía orar con estas palabras: “Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Efesios 3.17). Entonces, cuando la fe recibe y entroniza al Señor Jesús en toda la virtud y el poder de su sangre, su Palabra, su Espíritu y su esperanza, el corazón y la vida son purificados.

Pedro tenía esta idea en mente cuando dijo al concilio de Jerusalén que, al confiar en el Salvador, los gentiles habían “[purificado] por la fe vuestros corazones” (Hechos 15.9) y luego dijo: “Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones” (1 Pedro 3.15).

Así que, la constancia de una vida pura requiere de un corazón que sea limpiado diariamente. Pero más aún:

2) El corazón debe ser controlado en forma adecuada. “Bienaventurados los de limpio corazón” (v. 8). La idea de limpieza también incluye la idea de control. Podríamos describirla como una devoción que tiene un único objeto. Quizá el salmista sea quien mejor define este aspecto de la pureza cuando pide: “Afirma mi corazón para que tema tu nombre” (Salmo 86.11). Una de las causas básicas

de la impureza es un corazón inestable. Pablo lo expresa en Romanos 7.22-23: “Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.” Un corazón así dividido lleva inevitablemente a la infidelidad. Lo que Dios desea de nosotros, es que nuestro corazón tenga una única devoción, y un único propósito. ¡Cuánto necesitamos orar con las palabras: “Afirma mi corazón para que tema tu nombre” (Salmo 86.11)! ¡Oh, que tengamos vidas y corazones no adulterados, firmes, no divididos! Sólo hay control cuando Jesús es el Señor del corazón.

Hay cuatro áreas de nuestras vidas que deben estar constantemente bajo el control del Espíritu de Dios no contristado y no apagado. Pablo, al capacitar al joven pastor y evangelista Timoteo, le advierte sobre ellas y las menciona específicamente:

a) El sexo ilícito: “Huye... de las pasiones juveniles” (2 Timoteo 2.22). El verbo aquí está en modo imperativo y tiempo presente. Y su significado es: ¡HUYE! ¡HUYE, y sigue huyendo! Nunca, en mis 62 años de ministerio, he visto tal decadencia moral entre aquellos a quienes yo consideraba incorruptibles. En un conocido seminario de los EE.UU., un profesor de 80 años subió al púlpito para dirigir el culto. Antes de abrir su Biblia, observó el mar de rostros que tenía frente a sí y pidió: “Oren por mí, para que pueda ser guardado de las *pasiones juveniles*.” No fue necesario que dijera ni una sola palabra más. Los alumnos se agolparon ante el altar, quebrantados, arrepentidos, y resueltos, no sólo a orar por este *piadoso* hombre, sino por ellos mismos y su pureza moral.

Dígame... ¿huye usted de las “pasiones juveniles”? La Biblia dice: “No proveáis para los deseos de la carne” (Romanos 13.14). Lo hacemos poniendo a Jesucristo como nuestra protección contra “los deseos de la carne, [y] los deseos de los ojos” (1 Juan 2.16).

b) La soberbia insolente: Pablo advierte a quienes desean servir en la iglesia (especialmente a los siervos jóvenes que aún no han pasado por muchas pruebas), sobre el peligro de envanecerse (ver 1 Timoteo 3.6). Dos capítulos en la Biblia (Ezequiel 28.11-19 e Isaías 14.12-15) permanecen para siempre como una advertencia para todos nosotros, con relación al peligro del orgullo no quebrantado. Si la más hermosa, la más musical, la mayor obra maestra de la creación de Dios, Lucifer mismo (“Lucero, hijo de la mañana”), pudo caer de tal manera a causa de su soberbia, ¿qué nos queda a usted y a mí?

Ya he dejado de contar a los evangelistas que alguna vez atrajeron multitudes, fueron aplaudidos por los hombres y treparon a las alturas del éxito, pero ahora están destrozados, avergonzados y marcados de por vida, a causa del orgullo no quebrantado.

¿Es usted un evangelista orgulloso? ¿Se envanece cuando ve a las multitudes que vienen a escucharlo predicar? ¿Se envanece al ver a las personas responder al evangelio? ¿Se envanece al ver su nombre en grandes letras en los avisos publicitarios? Para que Dios pueda usar a un hombre, éste tiene que recorrer el camino del Calvario, un camino de humildad, quebrantamiento y muerte al yo.

Le recomiendo el libro de John Stott, Evangelical Truth (Verdad evangélica). Todos los evangelistas deberían leerlo, por sus enseñanzas sobre la unidad, la integridad y la fidelidad. Pero, lea lo que lea en este pequeño libro, no deje pasar el epílogo, titulado “La preeminencia de la humildad”. Nunca podremos ser exaltados a una vida de bendición, a menos que nos humillemos a nosotros mismos, en total dependencia de Dios. “La humildad es la belleza de la santidad” (Andrew Murray).

c) La codicia desenfrenada. “Raíz de todos los males es el amor al dinero”, sostiene el apóstol, y luego advierte sobre el ser “codiciosos” (1 Timoteo 3.3; 6.10). El corazón de Pablo estaba destrozado por el abandono de Dimas (2 Timoteo 4.10), y temía que Timoteo, su hijo en la fe, pudiera ser engañado por la codicia desenfrenada por las riquezas. Nada puede cegarnos tanto como el oro y el brillo; y Pablo nos advierte sobre la destrucción y la perdición que ello produce. Una vida dedicada a las cosas materiales está destinada al desastre. Todos ustedes que están aquí podrían nombrar fácilmente a varios evangelistas que se hundieron por el dinero.

Examínese a usted mismo en este momento, con respecto a este tema. El materialismo, ¿ha apartado su corazón de Jesús? Como en el caso del joven rico, la decisión es: ¿seguir a Dios, o al dinero? Recuerde: No es necesario ser rico, para amar al dinero. ¡Timoteo no era un hombre rico!

d) La verdad no equilibrada. “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, *que usa bien la palabra de verdad*” (2 Timoteo 2.15). Esta cuarta área rara vez es mencionada cuando hablamos de la vida interior; pero en cierto modo, es la más importante de todas. El contexto en que se encuentra nuestro versículo nombra a dos hombres, Himeneo y Fileto (2 Timoteo 2.17), que habían desequilibrado la doctrina, lo cual llevó a un serio error (1 Timoteo 1.20). En vista de esto, Pablo urge a Timoteo a usar *bien* la palabra de verdad (2 Timoteo 2.15). No hay mejor antídoto para el error, que la verdad.

¿Cuánto tiempo pasa usted cada semana dedicado a un estudio bíblico y a la preparación de un sermón serio, sólido, y ungido por el Espíritu? Mi clamor a todos los que escuchan hoy mi voz es: ¡Prediquen la Palabra! ¡Prediquen la Palabra! ¡Prediquen la Palabra! ¡Sean fieles expositores de la Palabra de Dios!

Mi última observación nos lleva a prestar atención a:

III. LA CONSECUENCIA DE UN CORAZÓN PURO

“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (V. 8). Aunque los comentaristas no se ponen de acuerdo sobre la relevancia inmediata de esta visión beatífica, estoy convencido de que en esta bienaventuranza se nos ofrece tanto una bendición presente como una futura.

1) La visión actual de Dios. “...verán a Dios” (v. 8). En el Nuevo Testamento, tenemos referencias a la visión de fe. El autor de Hebreos nos dice que “vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra” (2.9). Y más adelante nos exhorta a mirar a “Jesús, el autor y consumidor de la fe” (12.2). Pedro escribe después sobre el Cristo “a quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no le veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (1 Pedro 1.8). Estos y otros pasajes bíblicos nos llevan aceptar el hecho de que el creyente puede disfrutar la experiencia de una visión diáfana de la fe. El creyente puede contemplar la gloria de Cristo aquí y ahora.

a) Podemos la ver la gloria de Cristo en el mundo creado por Dios. Leemos: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos” (Salmo 19.1) Y recordemos que está escrito que “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1.3). Así que, en la gloria de su creación, vemos a nuestro Señor en “su eterno poder y deidad” (Romanos 1.19-20).

Como evangélicos, muchas veces no reconocemos ni apreciamos lo que Dios nos dice a través de “la obra de sus manos”. Los hechos relativos a Dios no están escondidos en la creación; son “claramente visibles” (Romanos 1.20). Calvino señala: “Cuando un hombre, al observar y contemplar los cielos, ha llegado al punto de reconocer a Dios, aprenderá también a reflexionar y admirar su sabiduría y su poder que se demuestran en la faz de la tierra, no sólo en general, sino aun en *la más diminuta planta*.”¹ Esta gloria en la creación, la majestad y la soberanía de nuestro Dios deberían llenarnos de santa *admiración*; pero sólo los limpios de corazón verán a Dios.

b) Podemos ver la gloria de Cristo en la obra de Dios en nuestro interior. Pablo escribe sobre “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1.27). Aunque esta poderosa afirmación podría ser interpretada como la maravilla de que Cristo habite en cada cristiano en forma individual, es más acertado entenderla como la *gloria de la unidad* en la iglesia (entre judíos y gentiles), ¡y podríamos agregar, entre blancos y negros, amarillos y marrones! Es la *gloria de la libertad* en la iglesia: libertad del racismo, del legalismo, del liberalismo, y todos los demás “ismos”. Es la *gloria de la certeza* en la iglesia –“Cristo en vosotros, la ESPERANZA de gloria”- (Colosenses 1.27). “Esperanza” es la

expectativa segura de la gloria por venir, ¡cuando “todos lleguemos al cielo”, el lugar donde no existen la discriminación ni la separación!

c) Podemos ver la gloria de Cristo en la Palabra de Dios ante nosotros. Pablo nos recuerda que “nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3.18). Al ver a Jesús en la Palabra, y desear ser como él, no sólo nos vemos motivados a la admiración y la adoración, sino también a *testificar*. La gloria que reflejamos de la Palabra en todo nuestro comportamiento nos da tanto el derecho como la oportunidad de testificar.

Así que podemos probar nuestra actual visión de fe, formulándonos estas preguntas: “¿Puedo ver la gloria de Cristo en la creación, en la iglesia, y en la Palabra? ¿Está nublado o despejado el cielo de mi vida espiritual?”

En cierta ocasión, el puritano John Owen dijo: “No es la distancia de la tierra al sol, ni el sol que se oculta, lo que hace que un día sea oscuro y sombrío; sino las nubes que se interponen... Tampoco está el alma demasiado lejos como para alcanzar la promesa, ni es Dios quien se retira; son más bien los vapores del *corazón carnal, incrédulo*, los que nublan la vida.”

Pero hay algo más que la visión actual de Dios para los limpios de corazón, porque un día, tendremos:

2) La visión futura de Dios. “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (v. 8). En el Oriente, siempre se considera un alto privilegio estar en presencia del rey y contemplar su rostro. La reina de Sabá dijo a Salomón “Bienaventurados tus hombres, dichosos estos tus siervos, que están continuamente delante de ti [lit., “de tu rostro”], y oyen tu sabiduría” (1 Reyes 10.8).

Si esto se aplica a las potestades terrenales, ¿qué será entonces ver al Rey de reyes en toda su hermosura? Su preocupación, y la mía, debería ser vivir de manera que no nos avergoncemos cuando sus ojos se encuentren con los nuestros. Esto es lo que Juan tenía en mente cuando escribió: “Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados” (1 Juan 2.28). Si veremos al mismo Dios Padre, o sólo lo veremos y lo conoceremos en Cristo, en ese día de gloria y felicidad, no nos ha sido revelado. Hoy conocemos a Dios en Cristo, y si eso es una bendición tan maravillosa, ¿cómo será, entonces, cuando veamos a nuestro Salvador y Señor cara a cara?

Fanny Crosby es autora de más de seis mil canciones cristianas. Aunque quedó ciega por una enfermedad cuando tenía seis semanas de edad, nunca se dejó invadir por la amargura. Cierta vez, un pastor, compasivamente, le dijo: “Creo

que es lamentable que el Señor no le haya dado la vista, cuando le ha dado generosamente tantos otros dones.” Ella respondió rápidamente: “¿Sabe usted que si yo hubiera podido pedir algo cuando nací, habría pedido ser ciega de nacimiento?” “¿Por qué?”, preguntó, sorprendido, el predicador. “¡Porque cuando llegue al cielo, el primer rostro que alegrará mi vista será el de mi Salvador!” A los 95 años, Fanny Crosby pasó a la gloria y vio el rostro de Jesús. Esa es la esperanza cierta de todo hijo de Dios.²

Entonces, hemos examinado un poco de lo que el Señor quería decir con respecto a la conciencia, la constancia y la consecuencia de una vida pura. ¡Oh, que podamos ser hallados siguiendo la santidad, así como “perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Corintios 7.1), todos los días de nuestra vida! Sólo entonces seremos fortalecidos para servir a Jesús, y sólo entonces estaremos satisfechos de verlo cuando nos encontremos con él cara a cara.

Por eso, volvamos a la oración diaria de Robert Murray McCheyne, y repitémosla juntos: “Oh, Señor, hazme tan santo como pueda serlo un pecador que ha sido salvado.”

¹Citado por William A. Van Gemeren en *The Expository Bible Commentary* (Comentario Expositivo de la Biblia), Vol. 5., editado por Frank E. Gaebelain, pág. 180. Copyright © 1991 de The Zondervan Corporation.

² *Pulpit Helps* (Ayudas para el púlpito), publicado por AGM International, Chattanooga, TN 37422 [Agosto de 1989], pág. 14.